

Henning Mankell

El cazador en la torre

Guillermo Vega Zaragoza

En *Arenas movedizas*, su postrero libro de memorias-testimonio, Henning Mankell puso como fecha del inicio del cáncer —que finalmente lo llevaría a la tumba— el 16 de septiembre de 2013, cuando tuvo un accidente de tráfico sin consecuencias fatales, pero que le dejó un dolor en el cuello que después se revelaría como la metástasis de un tumor canceroso en el pulmón. A partir de ahí, el escritor sueco nacido en Estocolmo en 1948 entrelazó los recuerdos de su vida con lugares, experiencias y anécdotas que nos ponen a reflexionar en la fugacidad de la vida y la soberbia del hombre al creerse inmortal:

“Existe una suerte de denominador común entre todas las grandes civilizaciones y culturas clásicas: para quienes vivían en ellas, todas eran inmortales. Ni los mayas, ni los incas, ni los faraones de Egipto ni el Imperio romano sucumbieron a un único suceso como una colisión entre varios vehículos o la erupción de un volcán. La ruina se fue materializando poco a poco y la negaron hasta el último instante. Una civilización tan avanzada como la suya no podía sucumbir, sencillamente. Los dioses lo garantizaban. Si les hacían sacrificios y se atenían a los consejos y las exigencias de los sacerdotes o los chamanes, su civilización existiría para siempre. Se asentaba en la eternidad y sólo sufriría cambios muy lentos, sin llegar a envejecer”. Pensamientos significativos de un hombre que vendió más de 40 millones de ejemplares de sus libros y fueron traducidos a 40 idiomas, y que a los 65 años enfrentó la enfermedad terminal con entereza y en plena capacidad creadora, escribiendo hasta el último momento: “Sufrir un cáncer es una catástrofe en la vida. Sólo después de transcurrido el tiempo sabemos si hemos sido

capaces de enfrentarnos a él, de ofrecer resistencia”.

Mankell es uno de los escritores más leídos en el ámbito de la narrativa policiaca, a la que contribuyó a revitalizar en la última década del siglo pasado y principios del presente con la serie de novelas protagonizadas por el inspector Kurt Wallander, que apareció por primera vez en *Asesinos sin rostro*, de 1991. El inusitado éxito de sus novelas en naciones tan disímiles como Finlandia, Italia, Alemania, Francia, Portugal, Inglaterra, Japón, Corea del Sur y España, se dio en un momento en que la narrativa policiaca —sobre todo la proveniente de Estados Unidos— se había anquilosado y convertido en un previsible *mainstream*.

Mankell no sólo se declaró admirador de Agatha Christie y John Le Carré sino que fue continuador de la dupla formada por Maj Sjöwall y Per Wahlöö, autores que marcaron un antes y un después en la novela policiaca de los países nórdicos. Mankell se encargó de lanzar hacia adelante lo que estos maestros habían iniciado: contar en clave policiaca la problemática que se estaba fraguando en las organizadas, civilizadas y, hasta ese momento, tranquilas sociedades campeonas del estado de bienestar del norte de la vieja Europa. Después de Mankell, el diluvio. Sin él no se puede entender el éxito global del malogrado Stieg Larsson, el actual furor por las novelas de Jo Nesbø y la irrupción de escritoras como Karin Fossum y Liza Marklund, además de autores como Asa Larsson, Camilla Läckberg, Jens Lapidus, Lars Kepler y Mari Jungstedt, entre muchos otros, provenientes de la gélida Escandinavia y cuyas obras abarrotan los estantes de las librerías de todo el mundo.

Narrador, dramaturgo y director de teatro, yerno de Ingmar Bergman, Mankell escribió más de 30 novelas, las primeras de ellas abiertamente políticas y una docena dedicada a contar las aventuras del cincuentón inspector Kurt Wallander, radicado en el puerto de Ystad, provincia de Escania, al sur de Suecia. Aunque las novelas de este ciclo se pueden leer en desorden, lo mejor es hacerlo en forma cronológica, ya que el personaje de Wallander evoluciona a través del tiempo. De hecho, cabe mencionar que, en el 2000, la editorial Tusquets empezó publicando en español la sexta de la serie, *La quinta mujer*, de la cual agotó diez reimpresiones en menos de seis meses, lo que la obligó a lanzar paulatinamente todo el catálogo de Mankell, incluso aquellas novelas que no eran policiacas, como *Comedia infantil*, *El hijo del viento*, *El cerebro de Kennedy* y *Daisy Sisters*.

Wallander no es el típico detective norteamericano, cínico e incrédulo, alcohólico y mujeriego, con su propio código de ética, generalmente muy torcido. Wallander es un excelente policía chapado a la antigua, que vive en una sureña campiña sueca, alejado del ajetreo de la metrópoli. En ese gélido edén, donde la investigación más complicada se deriva del robo de algún automóvil, empiezan a suceder crímenes atroces. Paralelamente al ritmo de las intrincadas investigaciones de cada caso, también conocemos la patética vida personal del policía: recién divorciado, con una hija adolescente que no le habla —que años después se convertirá en policía y protagonista de sus propias aventuras— y con un padre medio lunático que se la pasa pintando una y otra vez el mismo cuadro. Para acabarla de amolar, se está

poniendo gordo y siente que está por dar el viejazo. Se cuestiona profundamente el sentido de su trabajo y de su vocación. Ante lo descabellado de los crímenes que tiene que resolver, Wallander concluye: “Si he de seguir como policía, tengo que entender el porqué de todo esto”.

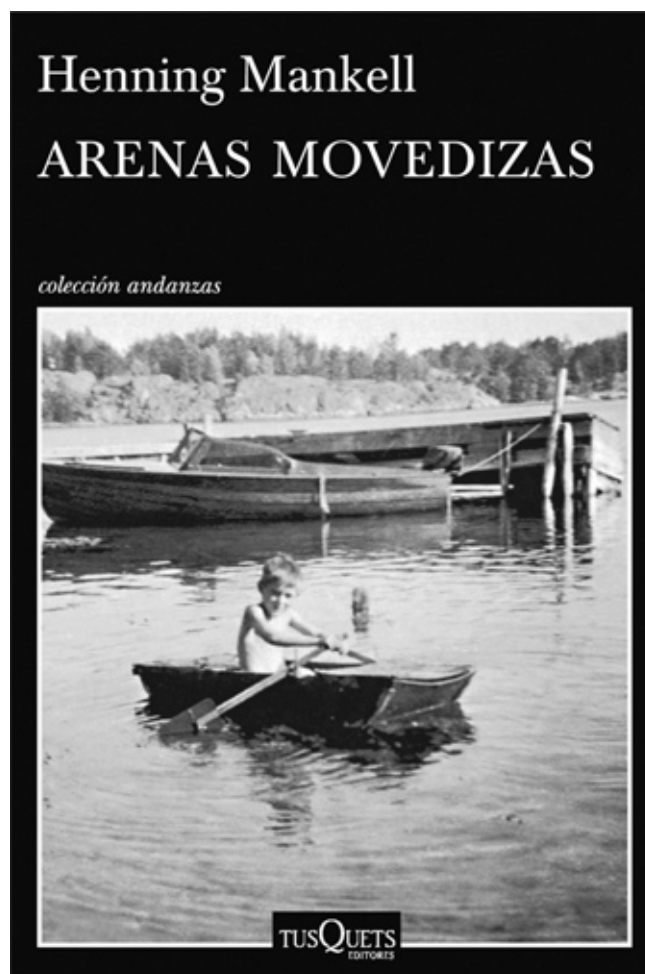
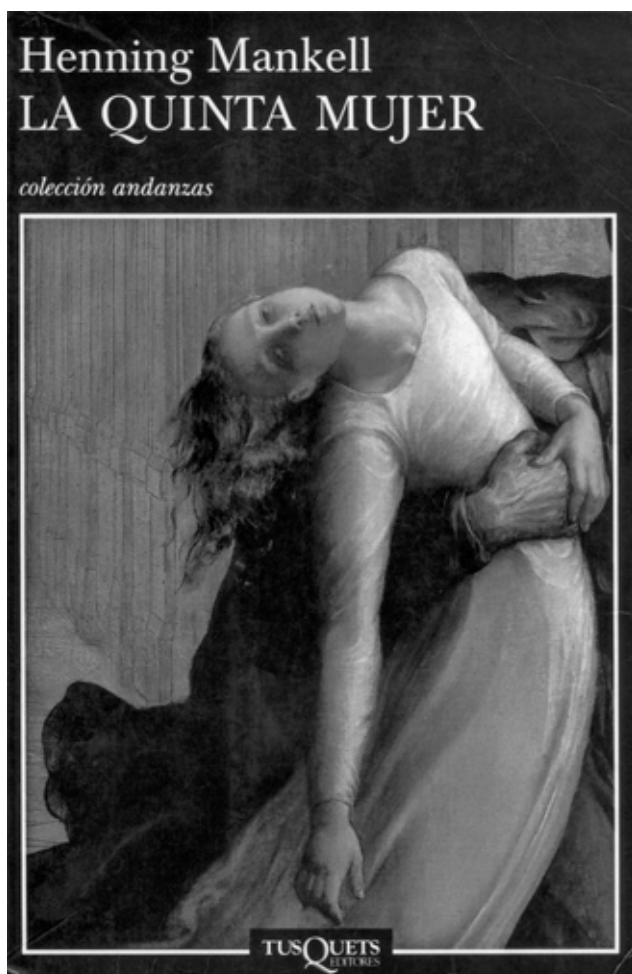
Como decíamos, Mankell confesó abiertamente su admiración por Agatha Christie y, sobre todo, John Le Carré. De La Dama del Crimen heredó el talento para la trama meticulosa y bien armada y el suspense siempre ascendente. Mankell afirmaría que le interesaba tratar de trabajar en la vieja tradición que viene desde los antiguos griegos: usar el espejo del crimen para reflejar a la sociedad en su conjunto. Sus novelas están construidas siguiendo la estructura aristotélica, como genuinas tragedias griegas. La minuciosidad lo lleva a detallar fechas y horarios con pasmosa exactitud. Inclusive, en cada una de las novelas incluye un mapa de la región de Escania para que el lector identifique las rutas que sigue Wallander en sus correrías. Del autor de *El espía que llegó del frío*, aprendió algo que parecía olvidado y

que han recuperado los autores de las nuevas generaciones: el proceso mental, la labor psíquica que lleva al detective a resolver el misterio. Para muchos asiduos primigenios de Mankell nos resultaba sorprendente encontrarnos enfrascados en la lectura de novelas donde prácticamente no había acción física, o casi nada. Es decir, no había puñetazos, ni peleas cuerpo a cuerpo, ni balazos, ni persecuciones, ni bombas de tiempo, ni nada por el estilo. Los crímenes no están descritos explícitamente sino apenas insinuados, lo que los hace más horripilantes aún, pues es el lector, en su mente retorcida, quien completa el cuadro. De hecho, por lo que recuerdo, Wallander dispara su arma una sola vez.

Mankell combina perfectamente los elementos de la novela policiaca clásica (el *whodunnit*), con el *thriller* moderno. El lector apenas sabe un poco más que Wallander y su equipo acerca del asesino, pero tampoco el escritor revela todo ni se saca conclusiones de la manga. Conforme se avanza, el lector experimenta esa edificante sensación, provocada únicamente por las novelas policiacas de buena factu-

ra, en las que se sabe un poco (sólo un poco) más listo que el detective y no ha sido esquilado y tomado por un tonto por el autor.

Algo que resulta fascinante en las novelas de Mankell es la forma en que Wallander y su equipo de detectives (el imperturbable Hansson, el despistado Svedberg, el nervioso Martinsson, el irascible y efectivo forense Nyberg, su meticulosa protegida y colaboradora Ann-Britt Höglund y el fiscal Per Åkeson, entre muchos otros) emprenden cada investigación. No sólo por la meticulosidad del proceso de levantamiento de pruebas y pistas, los interrogatorios, la recopilación de datos, sino por la forma en que sacan conclusiones a partir de la información recabada. No se trata del *superagente* que con su talento e inteligencia personal resuelve todos los casos, como sucede en la mayoría de las novelas policiacas norteamericanas. Los detectives pasan horas y horas discutiendo, pensando, proponiendo, estudiando las evidencias y sus posibles conexiones. Y luego salen a la calle a investigar más. Si se retiran a sus casas es tan sólo para comer y





Henning Mankell

dormir un poco y a veces ni eso. Wallander es el líder del equipo y todos lo respetan como tal porque lo demuestra con hechos y predica con el ejemplo, pero él no sería nada sin el trabajo de los demás.

En alguna ocasión se dijo que las novelas de Mankell llegaron a ser la lectura preferida de un primer ministro sueco y de la mitad de su gabinete, no obstante que en ellas se tratan aspectos que no han de ser mucho del agrado de la clase política de ningún país. Las historias de Mankell hablan de una sociedad en descomposición; más que eso, de un mundo en descomposición. En varias de sus novelas Mankell entrevistó muchos de los problemas que ahora aquejan a Europa y que apenas se vislumbraban en la apacible sociedad sueca de entonces: el ascenso de la violencia y la criminalidad, la xenofobia, la crisis de los migrantes, la obsesión de los jóvenes por la cultura pop norteamericana, por la novedad y el consumismo... Lo malo de ser gobernados por iletrados es que creen que los demás somos como ellos: estúpidos y sin imaginación. No son capaces de imaginar siquiera una trama congruente para justificar su ineptitud al investigar crímenes. Véase la “verdad histórica” de los desaparecidos de Ayotzinapa, la matanza de Tlatlaya o los asesinatos en la Narvarte. Si tan sólo leyeran algunas de las novelas de Mankell entenderían de qué se trata el trabajo de investigación criminal, y que por ello los ciu-

dadanos pensantes no podemos aceptar sus endeblez patrañas.

Al igual que Arthur Conan Doyle con Sherlock Holmes, Mankell fue tragado literalmente por la popularidad de su creación, en detrimento de sus demás novelas y su actividad como dramaturgo y director de teatro. De 1994 a 2007 se filmaron en Suecia nueve películas basadas en las novelas, estelarizadas por Rolf Lassgård. Además, de 2005 a 2006, se realizó una serie de televisión con 13 nuevas historias, con Krister Henriksson como Wallander y Johanna Sällström como su hija Linda. Originalmente, Mankell había decidido no escribir más historias de Wallander después de la publicación de la colección de cuentos *La pirámide* en 1999; sin embargo, en 2001, publicó *Antes de que hiele*, una novela centrada en Linda, la hija de Wallander, que se había convertido en policía. Mankell había planeado más novelas sobre ella, pero desistió luego del suicidio de la actriz Johanna Sällström, quien la interpretaba en la serie de televisión. A partir de 2008, como resultado del éxito internacional de Wallander, la BBC ha producido una serie de 12 películas para la televisión basadas en las novelas, protagonizadas por el célebre actor inglés Kenneth Brannagh en el papel del circunspecto inspector. En la actualidad está por transmitirse la cuarta y última temporada.

Para entender lo que le estaba pasando a su país y al mundo, Mankell decidió

alejarse y residir en Mozambique, donde era el director del Teatro Avenida de Maputo. “Necesitaba construirme una torre fuera de Europa, como un cazador que construye torres para ver mejor los movimientos de los animales. Nunca podría entender el mundo sin esa perspectiva”, declaró en una entrevista. Mankell regresaba a Suecia una vez al año para entender lo que estaba sucediendo en esa sociedad, antes idílica y ahora igual de violenta como todo el mundo. Comprometido con las causas sociales en las que creía, desde joven participaba activamente en manifestaciones contra la guerra y el apartheid, y cuando tuvo éxito y fama, donaba dinero a organizaciones de caridad en favor de los niños de África.

Hasta sus últimos días, Mankell colaboró en el diario inglés *The Guardian* con una especie de bitácora sobre su enfermedad, ante la que sucumbió el 5 de octubre de 2015. En el capítulo final de *Arenas movedizas* titulado “Que nunca nos quiten la alegría” escribió: “De vez en cuando pienso en la enfermedad, en la muerte, en que no existen garantías cuando se trata del cáncer.

“Pero, ante todo, vivo con la esperanza de nuevos instantes de paz. En los que nadie me arrebatara la alegría de crear o de contemplar las creaciones de otros.

“Instantes que vendrán. Que tienen que venir, si es que la vida ha de tener algún valor para mí”. **U**